III Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Pescador de hombres

Padre Pedrojosé Ynaraja

Este título nos recuerda una canción religiosa que no hace mucho se popularizo enormemente. A unos nos gusta, otros le dan poca categoría. Se inspiró el autor, Cesáreo Gabaraín, en el relato evangélico y precisamente, se le ocurrió en el mismo lugar del que se habla en el fragmento que se proclama en la misa del presente domingo, a orillas del lago de Genesaret, mar de Tiberíades, de Galilea o Kineret, como queráis llamarle, que los cuatro nombres son correctos.

No he perdido la sensibilidad y me emociono cuando por aquel litoral, escucho en mi interior la melodía. Me decían un día que los viejos somos como niños. Replique que somos sentimentales como los enamorados cuando se enamoran, y valga la redundancia. Y quien me había hablado así, no se atrevió a contradecirme, tal vez porque él mismo no lograba vivir su amor como soñaba.

Por supuesto que en Cafarnaún he estado muchas veces. He sido muy bien acogido por los franciscanos, que me han acompañado detallándome todo lo que puede ayudarme a entender mejor el Evangelio y hasta me han invitado a su mesa. Permitidme, mis queridos jóvenes lectores, que os diga que muchos fieles que visitan esas benditas tierras, ven y fotografían piedras y decoraciones, cosa que yo también hago, pero desconocen esta realidad cristiana, hecha vida y generoso testimonio humano, que son los frailes de la Custodia. Las agencias, se preocupan más de la categoría del alojamiento, que de la experiencia gratificante que resulta de estos encuentros personales. No os diré la altitud, en este caso debería decirse "bajitud", del lugar respecto al nivel del Mediterráneo, aproximadamente 250 metros, dependiendo de las lluvias del año y del deshielo de las nieves de las cumbres no lejanas. la humedad es extrema y la temperatura puede rondar los 46ºC. En algunas ocasiones, me he ido a dormir al anochecer a la terraza del edificio, el calor era soportable. Al amanecer era preciso irse al interior, donde el ambiente era un poco más suave. En otras ocasiones, me ha tocado dormir en hotel de cinco estrellas. No oculto que resulta más agradable, pero menos aleccionador. Y el peregrino debe pretender descubrir verdades que mejoren su conducta.

La descripción meteorológica que os he explicado, ha sido, mis queridos jóvenes lectores, para que os imaginéis que no es precisamente un clima que estimule ni el ejercicio mental, ni el físico. No obstante, un lugar así, fue el escogido por Jesús para invitar a sus predilectos a seguirle. Desde el principio, el hacerlo, supone un esfuerzo y nada hace pensar en una vida confortable. Pero es que la santidad, como los preciosos edelweiss y gencianas, requieren climas duros para prosperar. Demandan gente esforzada y atrevida, nada de mediocridades burguesas.

Cualquier "estudio de mercado" del proyecto evangelizador, aconsejaría que el lugar más apto para el encuentro, estudio de aptitudes y capacidades de los

ejecutivos que deberían iniciarlo, fuera otro y que las pretensiones que tenía el Maestro, se hicieran convocándoles a un lugar de mejores características ambientales. Sin duda, un encuentro en un rincón de las estribaciones de las montañas del Líbano o, mucho mejor y más apasionado para hablarles de ello, fuera junto a algún helero de estos que perduraban todo el año por la falda de esta la cercana cordillera. Para subir a un lugar de estos, no es necesario ni siquiera trepar. Sentarse, contemplar amplios horizontes, hablar en voz baja y tono confidencial, es lo mejor para trasmitir ilusiones y proyectos. Pero no, el Señor elige el bullicio de un lugar de mercadeo, de control aduanero, de permanencia militar y de gente entregada a un oficio que exige pericia. Lanzar las redes, saberlas recoger, escoger el pescado apto, ponerlo a la venta, no lo sabe hacer cualquiera. Que no, que se equivoca el Maestro, que ellos ya están ocupados, que no tienen tiempo, la familia les ata, las costumbres les arraigan allí, que busque en otros sitios y a otra gente.

Y va y, nada menos, se le ocurre proponerles y pedirles una respuesta radical: dejarlo todo, seguirle e iniciarse en una empresa nueva y en un oficio desconocido. Sin programa específico, sin someterles a aprendizaje. El Señor ya entonces, sabía aquello de formación por la acción, que fue posteriormente lema de un excelente movimiento apostólico. Y también, que toda elección supone una renuncia.

Evidentemente, no le faltaba utopía, ensueño, valentía y aceptación del riesgo, imposible de calcular… ¡qué ingenuidad…! ¿Y si se le ocurriera ahora proponeros a alguno de vosotros, mis queridos jóvenes lectores, una cosa así? ¡Pensáoslo bien! Y no tengáis miedo. El matrimonio es formidable, la paternidad o maternidad, extraordinaria cosa, os lo digo por lo que he conocido en otros, la vida familiar maravillosa, la experimenté bastante tiempo… pero, os lo confieso sinceramente: no he sentido envidia. Abrazado al Sagrario, muchas noches le digo al Señor: ninguna novia, ninguna esposa, me podría querer más que lo que Tú me amas. Tú, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre… va sonando por mis adentros mientras os he estado escribiendo.